

tadas, ni de alardes de energía para que dos seres que se encuentran así, frente á frente después de algunos años, sientan que las más poderosas emociones trágicas pasan por ellos. Paulina y Francisco se habían reconocido, y esto bastó para que un cuarto de hora más tarde, cuando él se detuvo ante la puerta del Jardín Inglés en el coche de la señora Scilly, que había ido apresuradamente á tomar, sintiese todavía un extraordinario temblor en todo su cuerpo. Apenas podía tenerse en pie. ¡Qué natural y cruel era la frase que él pronunciaba bajando del coche, cuando vió dibujarse la silueta de su novia flexible y graciosa con su claro vestido, entre los troncos de las verdes palmeras: ¡Pobre, pobre Enriqueta!...



V

POR LA NOCHE

Sí. Enriqueta podía condolerse de acoger con franqueza y amante sonrisa á su novio, á la vez pérfido y sincero, que la amaba también, pero que la había abandonado con una mentira para volver con otra; mentira grande de desdichadas consecuencias y asociada á funestas realidades. ¿Acaso él mismo no se debía lamentar también sintiendo como sentía la invasión de un temor casi insensato, cuando no podía mostrarle? Aunque la herencia esté sujeta á las más extrañas singularidades y el parecido de las fisonomías que llega hasta la identidad entre colaterales, viene á ser para cualquiera que se preocupa de estos problemas un fenómeno sin importancia; aunque Francisco Nayrac lo pensó así aquella misma mañana, recordando á Vernantes, como en una posibilidad muy natural; aunque, en fin, él estuviese, en su calidad de hombre de nuestra época, bastante familiarizado con los resultados curiosos de la ciencia para no ignorar la ley del atavismo, aquel parecido tan implacablemente acusador le produjo honda impresión: un golpe fuerte, súbito en la parte más dolorida de su sér: algo como una alucinación; no osó decir que

un milagro. Y, sin embargo, si como el apóstol incrédulo él hubiese visto aparecerse al Salvador y cogérle los dedos para ponérselos sobre la llaga abierta por la lanza, su emoción no hubiese sido mayor que la que sintió durante todo el día; emoción que tenía que ocultar. ¡Qué largas fueron las horas de aquel día y qué intensa energía tuvo que desplegar para desempeñar hasta la noche su papel de felicidad, de ternura sin otro pensamiento! Al encontrarse solo hacia las once, solo y libre para abandonarse al estremecimiento que vibraba en todo su sér, el voluntario esfuerzo de aquella tarde mortal le había hecho sufrir de tal modo que se sentía físicamente enfermo.

El deseo de andar para calmar con el aire y el movimiento su desequilibrio nervioso le precipitó fuera de su cuarto, como también el afán de huir de aquella casa habitada por las cuatro personas entre las que se iba á desarrollar, sin que ellas lo notasen, el drama inesperado de su vida pasada y presente. Aún se sentía demasiado cerca de ellas, en las calles de Palermo, silenciosas á aquella hora, y á las que le sujetaban ya tantos recuerdos, pues por ellas había paseado con su novia en dulcísimo abandono.

Aceleró el paso con objeto de llegar más pronto al vasto campo. En los momentos de extrema crisis moral, parece como que no podemos respirar, sufrir y pensar más que en la soledad de la naturaleza como si ésta nos aproximase á Dios, al incomprendible árbitro de los humanos destinos, á aquel en quien encontramos un padre y un Juez, para esclarecer nuestra conciencia, un padre para sostenernos en las flaqueza. Desde que este triste mundo rueda al

través de los abismos mudos del espacio infinito, se ha presentado á ese Dios desconocido, testigo siempre presente y siempre oculto; se han visto á sus hijos atormentados por las tempestades del alma, se han oído sus llamadas que el hijo no ha parecido escuchar. Más tarde podremos saber adónde nos arrastran esas tempestades, pero ¡qué fuertes son á veces, y que próximos estamos del naufragio!

—¡Sí, es mi hija! ¡es mi hija!—Francisco se repitió de repente en voz alta y muchas veces, esta frase que sólo en su corazón había pronunciado ante la aterradora é invencible realidad de la herencia. La escuchaba y una fibra jamás tocada de su sér se estremecía con estas palabras: ¡Mi hija!—Dos palabras bien sencillas y bien claras. Se las había dicho muchas veces desde algunos años atrás, cuando pensaba en la posibilidad de que la sangre de esta niña desconocida fuera la suya. Pero esta posibilidad había sido para él una idea ineficaz, una vaga abstracción sin que pensase en ella como en cosa real y positiva, del mismo modo que no pensamos real y positiva la muerte de un sér querido. Hasta que no vemos inanimado y muerto en su lecho á este sér en torno del que palpitaba nuestra esperanza, su muerte no es verdad para nosotros.

Sabíamos que el enfermo podía y debía morir, y sin embargo, nuestro desconcierto llega al estupor ante un fin que nos sorprende como si jamás le hubiésemos presentado.

Al pasar del pensamiento á la realidad presente, inmediata, indiscutible, al metamorfosearse una hipótesis en hecho positivo, una sospecha en evidencia, se

siente un desquiciamiento total del organismo de nuestro espíritu. Mas asemejamos en tales momentos y por un espacio que varía según la importancia de la revelación, á los ciegos operados de cataratas. Al ver la luz, y no habiendo adaptado sus movimientos á las impresiones que les ofenden, dudan, tropiezan, caen en tierra. Así le sucedía á Francisco Nayrac. De haber visto á Adela Raffraye en vez de imaginársela, de haberle constado lo que acababa de constarle, habrían cambiado todos sus antiguos sentimientos respecto á la niña. Si ocho días antes, si la víspera misma le hubieran contado que la niña había sido víctima de un acontecimiento funesto, quemada por ejemplo, en un incendio, aplastada en un descarrilamiento, ahogada en un barco perdido, sin duda Francisco hubiera sentido un estremecimiento singular. Cierto, pero este hubiera sido un hecho un poco más triste que cualquier otro: nada más. En cambio ahora, mientras caminaba por el campo, entre los olivos y los aloes, el acordarse solamente de la palidez de Adela, de la fragilidad de sus miembros, le causaba un sufrimiento casi insoportable. Si el padre había dormido en él durante largo tiempo ¡cómo despertaba desde el encuentro de la mañana!

La palabra de ternura que saltaba de su corazón salía de las más vivas fibras de su carne. Un apetito apasionado y salvaje le dominaba: el de estrechar á la niña, apretarla sobre su pecho, tocar sus cabellos, cubrirla de caricias... protegerla. Sin razonar, sin discutir, él la creía, la sentía su hija, después de haber pensado tantas veces en que cuando la viese dudaría más de ella. Una mirada había bastado para que la

evidencia penetrase hasta el centro de su corazón. No es preciso prueba que establezca tal evidencia. Esta se impone ó no se impone; y á Francisco le había aprisionado y cambiado en algunos minutos y para siempre. ¡Ah! ¡Los años pasados en huir sistemáticamente de Adela y de su madre, cómo los pagaba Francisco durante aquella noche en que marchaba en la sombra, vencido por aquella voz de la sangre que, como tantos otros había negado, cuando leía en un libro alguna alusión á este fenómeno misterioso, raro y extraño, pero rápido, feroz y de tanto poder como el amor mismo! Dos ó tres veces durante aquella carrera loca procuró defenderse aún contra aquel sentimiento que le invadía. ¿Por qué? Si se acordaba de los agravios de Paulina, ¿qué probaban éstos? Que teniendo un marido y dos amantes esta odiosa mujer, se prostituía con tres hombres; y que había podido ser madre en los brazos de uno ó de otro. Sea. Pero el rostro de la niña, aquel rostro donde la herencia de la raza estaba escrita claramente, le había dicho á Francisco que Paulina fué madre en sus brazos.

Procuraba también demostrarse que hay caprichos de semejanza que nada indican. ¿No podía, por ejemplo, parecerse el hijo de una viuda al primer marido? Pero no con aquella identidad de cuerpo, de alma, de naturaleza. Francisco había visto el fantasma de su hermana, de su hermana viva, ante sus ojos... Había visto *á su hija*. Del mismo modo que ningún razonamiento había prevalecido contra su sorpresa, cuando él se acordaba de su estancia ante el cuarto bajo fatal que habitaba Vernantes, de la mujer cubierta con un velo que se apeaba del coche, y de lo demás que

á esto se refería, ningún razonamiento prevalecía ahora contra aquella certeza. Era muy triste que no estuviese en contradicción con lo primero. La señora Raffraye le hizo traición con Vernantes, como por él se la había hecho antes á su marido.

Era una desdichada que tal vez se había entregado además á otros amores, á otras galanterías casuales. ¿Qué sabía él? Pero galante, sensual, envilecida, digna de todo desprecio, él la había hecho madre. En aquel frágil sér, observado bajo los árboles por espacio de un cuarto de hora, había Francisco visto una parte de él, un poco de su carne y de su sangre. Esto no podía negarse. ¡Ah idolatrado y débil sér! Súbitamente Adela había llegado á ser para él una criatura distinta de las demás; algo único en el mundo, como aquella hermana á la que se parecía de tan maravilloso modo, tanto como su madre.

Con estos pensamientos, Francisco se había introducido por el camino que por la Rocca lleva á Monreal, magnífica ruta de montañas que él había seguido ya más de una vez con otros sentimientos que los que experimentaba entonces, para ir con su novia á visitar la antigua basílica normanda, llena de mosaicos, con su claustro de finas columnas árabes, por donde corre un surtidor que cae continuamente en un pilón esculpido. Se detuvo para respirar: tanto le había fatigado aquella loca carrera. Con movimiento maquinal se volvió, y á pesar del estado de su espíritu quedó maravillado del espectáculo de belleza que ofrecía aquella noche de un mes de Diciembre meridional. A sus pies algunos puntos luminosos indicaban el sitio donde dormía la ciudad bañada como la

blanca mar de allá abajo, como las azuladas montañas, como el tenebroso valle, por los rayos de la luna en su cuarto creciente que terminaba en brillante línea de oro.

Esta luz daba al cielo la dulzura de su profundo reflejo, y matizaba el terciopelo sombrío y violado donde las estrellas brillaban con un fuego más extraño, y en torno del paseante dibujaba las formas confusas de los grandes aloes, de los cantos roídos por los dientes de las bestias, de los olivos temblorosos y parduscos, y de los naranjos inmóviles y negros. Un silencio infinito envolvía este paisaje, que emocionó al joven en aquel momento, como la entrada en aquella catedral, cuya masa imponente inclinaba hacia él la punta de la montaña. El hecho de ser padre agita á los más egoístas. Para unos á esta primera agitación sigue una exclamación de egoísmo y no quieren pensar más en el niño que destruye las combinaciones de su existencia. Para otros, el instinto de la paternidad no nace en seguida, y un niño que no conocen aunque estén seguros de que es suyo, no les interesa más que á medias; para otros, al contrario, la idea de una existencia nacida de la suya, de una criatura arrojada por su falta á este suelo de dolores, les agita con emoción suprema y santa y les hace temblar hasta el fondo de su alma. Fuese que la huella muy marcada de antiguas heridas hiciese á Francisco más sensible, fuese que el parecido de la niña con su hermana le hubiese herido en lo más íntimo de su sér, fuera que las circunstancias particulares en que había encontrado á Adela y á la señora Raffraye le predispusieran para sentimientos de este orden, experimentó una

gran emoción; el temor sagrado de la responsabilidad paternal.

La majestad religiosa de aquel inmenso cielo, de aquellos astros inmortales, de aquel mar lejano, se mezcló á pesar suyo á su sueño. Sintió subir desde su corazón á sus labios una especie de súplica inarticulada, para esta dulce y débil criatura, nacida de una mujer dos veces adúltera; pero criatura tan pura y tan inocente, y que dormía allá abajo en una de las casas de la ciudad extendida bajo la azul transparencia de aquella noche, al pie de las montañas y á la orilla del mar. Dormía. Sus dulces ojos estaban cerrados; su boca medio abierta. Dormía ese pacífico sueño de los niños, en torno de los que flota un destino que ellos no sospechan. ¡Ah! ¿Por qué no podía él velar aquel sueño, y murmurar aquellas palabras que le salían del alma siempre y cada vez más ardientes:—¡Hija mía!—Le parecía que á aquella hora no se cansaría de pasar su mirada por las líneas de aquel rostro, que durante tantos años no había querido encontrar. ¿De saber qué facciones eran estas, hubiera tenido fuerza para abstenerse de verlas? En el presente lo sabía, diciendo en alta voz. ¡Hija mía! ¿Pero á quién se lo decía? Al viento que pasaba y que no llevaba su suspiro; á las hojas que no le escuchaban; á las estrellas insensibles; á la naturaleza muda y sorda; á todo excepto á la que dormía allá abajo. No; el cuidado de velar aquel sueño; el derecho de murmurar palabras de ternura junto á aquella oreja tan delicada, entre aquellos cabellos tan rubios y el privilegio de desviar los golpes del destino de la cabeza de la niña, pertenecía á otra persona que

tal vez en aquel momento se inclinaba sobre el lecho de Adela para contemplarla y acariciarla. Y Francisco vió en su pensamiento el pálido rostro de Paulina, tal como se le había aparecido aquella misma mañana; veía la delgadez de sus mejillas, que en otro tiempo idolatraba; el abandono de su esbelto cuerpo que él había enlazado con ardientes caricias; el principio del decaimiento de aquella belleza por la que había estado tan locamente celoso. Bastó esta evocación para que su piedad se convirtiese en una especie de amargo rencor. Si él no se había encontrado junto á la cuna de la niña desde el día en que ésta nació, ¿quién tenía la culpa? Aquella mujer que se condujo con él de un modo que hubiera hecho imposible toda seguridad sobre el origen de la niña, á no ser por una semejanza y un encuentro igualmente extraordinarios. Si él había dejado que Adela creciese sin sentir más que un estremecimiento de espanto cuando pensaba en ella, ¿quién, si no aquella mujer tenía la culpa? ¿A quién correspondía ésta si él había asociado á la niña á infames recuerdos de perfidia, de vergonzosas dudas y de abominables visiones de lujuria, si él no había visto lo que vió después? ¡Cómo había merecido las torturas de su agonía presente y qué malvada había sido á sus ojos!

No se había justificado y si él había podido conservar alguna duda sobre la traición de otro tiempo, ¿qué mejor prueba que el hecho de no haberse jamás aproximado á él? ¡Cuando habiendo Paulina conocido á Julia, sabía también por aquel parecido de quién era hija Adela! Ella no lo había osado; y sintiendo á esta idea despertarse su más terrible ira,

Francisco arrojó aquel grito que tan á menudo había arrojado á otros horizontes, durante su primer viaje, y que contrastaba con la serenidad de aquella dulce noche siciliana, y más aún con la mística elevación que algunos minutos antes había sentido en su corazón transportado.

—¡Cómo la odio! ¡Ah! ¡Cómo la odio! ¡Y qué derecho tengo para odiarla!

Francisco miró de nuevo á Palermo con un acceso de frenesí, como si buscara allí la infausta criatura sobre la que lanzaba aquella maldición de un impedido aborrecimiento. Estaba á la extremidad del malecón, y en un lugar sombrío por efecto de la vecindad inmediata del jardín cerrado de la villa Giulia que seguía hacia el *Continental*. Francisco empezó á andar, esta vez lentamente, y descendiendo por junto á esta villa de la que siempre había huido con tan loca fiebre. Acababa de pensar en la sincera y pura Enriqueta, que dormía también entonces, que tal vez soñaba con él y al través de este sueño no le veía ciertamente vagar por aquellos senderos, presa del tumulto de las pasiones que durante todo el día había ocultado, y que ocultaría mientras viviese. ¿Las sacudidas demasiado fuertes habían agotado su dañina exaltación, ó es verdad que nuestros sentimientos sostienen una especie de lucha por la existencia, correspondiendo á cada esfuerzo una vigorosa reacción? Nunca como en aquel súbito reflejo de recuerdos había Francisco comprendido cuánto amaba á Enriqueta.

Su espíritu se separaba de él para ir hacia ella, hacia aquella alcoba virginal vista una vez desde su lle-

gada á Palermo, alcoba sagrada y en cuyos umbrales los más amorosos pensamientos se detenían siempre para no profanar el virginal misterio. Pero con la imaginación trasponía el umbral, como le traspondría con perfecto é indiscutible derecho algunas semanas después. Figurábase la noche en que él se deslizaría allí junto á ella por la primera vez. El perfume suave que la joven exhalaba los rodearía envolviéndolos en sus efluvios. ¡Con cuánta candidez le acogería el inocente corazón de Enriqueta!

Aquella hermosa ficción le conmovió hasta lo más hondo, hasta su misma conciencia, que había flotado sobre su vida pasada. Nayrac no había dejado extinguirse en su alma la nobleza bastante para rechazar el amor de una joven casta y honrada, para no empeñar en ese amor su honra dejándola indefensa, abusando de la confianza y del cariño de la hija de familia. Aún conservaba religioso respeto hacia la inocencia; la seducción le parecía lo que realmente es, el más infame de los crímenes, el más imperdonable; y consideraba casi como un crimen también, como una falta afrentosa, el casarse sin profesar á su novia cariño verdadero, amor profundo. ¡Qué lucha tuvo que sostener consigo mismo para adquirir el convencimiento de que amaba á Enriqueta con verdadero amor! Había sondeado su alma para saber si aquel corazón de treinta y cuatro años podía aún conservar el suficiente ardor moral, la ferviente delicadeza del amor. Quiso cerciorarse de que, no obstante los recuerdos de su vida pasada, aún era digno de aquella criatura virginal, cuya pureza de joven honrada garantizaba la honradez de su propia ma-

dre y dejaba adivinar la madre de familia honrada también el día de mañana; quiso poseer la seguridad de no haber amado dos veces, de que no había amado hasta entonces amando á Enriqueta.

Después, cuando supo que era amado, en efecto, y para siempre, ¡cuánta tristeza tuvo hasta en sus momentos de éxtasis, pensando que llevaba en su memoria la cicatriz de una primera pasión! Ante aquel don inefable de un alma virgen, él se había jurado hacerse acreedor á aquella dicha por la verdad y el sacrificio sin desfallecimientos. No hacía más de cinco meses que eran novios y ya hacía traición á Enriqueta. La había mentido con palabras y con acciones. La mentía en aquel mismo instante, puesto que él no la confesaría jamás en qué había empleado aquella noche cuando ella hablase con él familiarmente al siguiente día al despertar. ¡Mentir! ¡Siempre mentir! Degradante costumbre que tanto había practicado otra vez en sus adúlteras relaciones con Paulina, y que había creído concluída para él cuando aquéllas terminaron.

Al reformar su vida ¿podía Francisco esperar que una fatalidad loca le volviese á poner frente á frente á un pasado que creía muerto? Sobre todo, ¿cómo podía él creer que un prodigio de herencia destruiría de un golpe sus más justificadas dudas, que le haría reconocer á su hija, á la hija que él tuvo con una mujer que se entregó á otro amante al mismo tiempo que á él? ¿Era culpable de haber sentido, de sentir tal agitación en su sér ante una paternidad impuesta por una irresistible evidencia? La misma Enriqueta podría condenarle, si, cogiendo á su hija, él

se presentaba ante ella diciéndola: «¡No tiene á nadie más que á mí, y sin ti no puede tenerme!» ¡Insensato! Había entrado en el fatal camino de la hipocresía y de la traición, precisamente porque le estaba prohibido.

Que Adela fuese ó no su hija, él no tenía derecho alguno sobre ella. No podía hacer por esta niña, que legalmente llevaba el apellido del hombre á quien él había engañado, lo que hubiera hecho por la hija de una mujer libre. Hablar ahora á Enriqueta si el pudor de la joven permitía esta confidencia, ¿no sería destrozarse aquel virginal corazón? ¿Y para qué? Para nada. ¿Cómo explicar á esta honrada criatura todos los misterios culpables que motivaban el nacimiento de Adela y la horrible historia de sus relaciones con Paulina? Sería ajar la virginidad de su inocente imaginación, manchar su pensamiento, desflorar su corazón. ¡Dios mío! ¡Conocer el deber es en ocasiones más difícil que cumplirle!

Sin embargo, ante su pensamiento había aparecido bajo una forma singular, tardía y evidente, esta idea del deber, principio de algo de apaciguamiento en ciertas crisis demasiado dolorosas. Cuando toda ventura parece negada al alma por la crueldad de la suerte, estimarse un poco á sí mismo es un consuelo, bien débil y mezquino, aunque otra cosa hayan dicho los filósofos de todos los tiempos, pero consuelo al fin. Si Francisco Nayrac debía acordarse más tarde de su mucha amargura, del fin de aquel extraño paseo nocturno, comenzado y seguido con un tormento tan grande, fué porque al partir del momento en que le asaltó la idea de su responsabi-

lidad frente á frente á Enriqueta, tuvo el suficiente valor para no cegarse con sofismas.

La vergüenza súbitamente sentida ante las mentiras de los últimos días, y la idea de verse ante la pureza de Enriqueta le habían vuelto á su sér. Tenía deberes que cumplir con la señorita Scilly, y el primero una deuda de honor que no admitía término medio. Preciso le era renunciar á su novia, ó tratar con ella honradamente, es decir, como hombre que nada tiene que ocultar en sus actos. A la luz de este juicio, la carta escrita á Paulina y el pretexto imaginado con el fin de ver á Adela en el jardín del *Continental* constituían dos cobardías y dos infamias. ¿Hubiera él perdonado á la que debía llevar su nombre una sola mentira de éstas? Además, Francisco había descubierto de un modo tan extraño como inesperado, pero que no permitía duda, que aquella niña de Adela era hija suya. ¿Le imponía esta certeza algún deber respecto á la niña? Y en principio se respondía que sí. Entonces tuvo otro momento de angustia que le obligó á detenerse. Se hizo la siguiente pregunta:—«Los deberes que tengo para con mi prometida y los que tengo para con mi hija... ¿son compatibles?» No; no lo eran.

Preciso era que él aceptase como primer hecho que Adela pertenecía á su madre por la ley, por la naturaleza, por la educación y por los largos años que él la había tenido abandonada. Acercarse, pues, á esta niña era imposible sin suplicar... ¿el qué? ¿el perdón de la madre? ¿Iría él después de las infamias de Paulina á humillarse ante ésta? Y aun en este caso, ¿qué le exigiría aquella mujer?

Sin duda que sacrificase á la señorita de Scilly... y él sabía cuánto era amado por esta noble criatura que en este matrimonio había puesto todas sus esperanzas, todas sus ilusiones, toda su juventud. ¡Pero no se trataba de sacrificios más ó menos terribles! La cuestión era otra. ¿Qué significaría él para la niña aun en el supuesto de que Paulina no le fuera hostil? Adela había crecido sin él; no había tenido necesidad de él, ni la tendría puesto que ignoraría siempre el lazo criminal que le unía con Paulina, y si la fatalidad del consejo del médico no hubiera llevado á la señora Raffraye á Palermo, no se habrían visto. No ocuparse de Adela, era, pues, ahogar, apenas despertado, un instinto de ternura, pero no hacer un perjuicio á la niña, al menos por entonces. Romper sus relaciones con Enriqueta, era destrozarse su corazón. Tal era sin embargo el proceder más perfecto, impuesto por las circunstancias. ¿No acababa de demostrarse que hablar á su prometida con toda sinceridad era imposible, y confesarse ahora á la señora Scilly no serviría de nada? ¿Qué le aconsejaría ésta sino lo que en su conciencia le aconsejaba? Que sufriese él solo, pues él solo era el culpable.—¡Sufrir solo! En estas palabras se resumía su deber.—Sí; sufrir solo.—Aceptar su incapacidad para hacer nada respecto á la niña, y evitar que el golpe que sentía fuese de rechazo á otra persona.

¡Ninguna agonía comparable á la de Francisco obligándose hasta ni á mirar siquiera á Adela, en el momento en que sentía que la niña se le entraba corazón adentro, y huir de las ocasiones en que pudiera ver aquel dulce y joven rostro tan parecido al de

su querida muerta! El lo haría así, sin embargo. Tendría este valor. Se comportaría de modo que todas las horas de sus días fuesen para su novia; sin que ésta viese en su rostro un gesto que le hiciera interrogarle. Adoptando esta resolución con ese ardor de los mártires, notó que se encontraba en el jardín Tasca, donde había sido tan feliz pocas mañanas antes y donde sintió la agitación de un temor supersticioso.

Reconoció el sitio con indecible emoción, y franqueando el primer seto, á riesgo de ser detenido por los guardas, quiso ir hasta la valla de acero, cerrada entonces. Posó su frente contra los hierros y miró por largo tiempo los macizos oscuros de los grandes árboles, que proyectaban sus negras sombras inmóviles sobre la arena del paseo blanqueada por la luna, la luna que blanqueaba también el mármol de las estatuas que formaban entre los cedros y los cipreses de un aspecto fantástico de tumbas. ¿Acaso este jardín triste no era para él el *Camposanto*, como dicen los italianos, en el que yacía enterrada su última dicha?

Tuvo allí un instante de infinita angustia, la punzante impresión del golpe terrible que su amor acababa de recibir; la visión del presentimiento común á Enriqueta y á él habíase realizado. Jamás podría ser feliz con su prometida, más tarde su mujer, con la certeza de que Adela era su hija; como lo hubiera sido al tener una prueba en contrario, y creyese que la niña era hija de su antiguo rival. Iba á llevar una llaga que sangraría por largo tiempo. Pero, ¿había merecido la felicidad que saboreó en aquellos meses,

los más dulces de su vida? Desde que vivía cerca de Enriqueta y de la Condesa, se había familiarizado de nuevo con la sublime idea de una Providencia que nos muestra un designio misterioso tras los sucesos que en apariencia solo á la casualidad se atribuyen. Los golpes sucesivos que había recibido, aquel encuentro con Paulina Raffraye, la certeza de su paternidad, pena justa en aquellos momentos; esta necesidad de mutilar en su corazón para ser honrado, el sentimiento más natural é instintivo, su presente angustia y la que preveía... todo esto era una gran prueba. ¿Podía decir que fuera injusta? ¿No nacía de su pecado? ¿Qué era este nuevo dolor después de los otros, sino una consecuencia natural del adulterio que el mundo acoge con indulgente sonrisa, hacia el que marchamos alegremente casi con orgullo, cuando soñamos con novelas y peligrosas pasiones?

Y sin embargo, es la obra más criminal de la carne; la que en los santos libros se castiga con la muerte. «Si alguno ha poseído á la mujer de otro, que mueran los dos: el hombre que ha cometido adulterio y la mujer con la que le cometió».

Por una invencible asociación de ideas, y en aquel sitio donde él había gustado la alegría pura del amor lícito, Francisco recordó algunos de sus amigos de la juventud que como él se habían lanzado en aventuras de este orden, y quedó espantado al pensamiento de que para todos, más tarde ó más temprano, hubo una misteriosa é inevitable expiación. Aquél había muerto muy joven, en el momento en que por su riqueza, amor y felicidad, abandonar la vida era cruel. Este, casado después, había expiado sus culpas ante-

riores con sus hijos, dos de los cuales, á los que él adoraba, se habían muerto ya. Otro había caído de degradación en degradación, y actualmente se encontraba bajo el más deshonoroso proceso... ¿Y las mujeres?

El desenlace de veinte escandalosas existencias, largo tiempo envidiadas, se le apareció de repente. Aunque no hubiese guardado de la religión más que un soplo nostálgico hacia la verdadera fe, corrompido sin cesar por el escepticismo, Francisco sintió realmente ante esta intuición de una justicia sobrenatural y segura, manifestada por tantos ejemplos, el mismo estremecimiento, que si sus creencias estuvieran en él tan vivas como cuando tenía quince años. ¡Había también cometido el inextinguible pecado! ¡Y en qué circunstancias! ¡Con una mujer joven y de la que se había creído el primer amante!

¡Se había valido para seducirla de la más delicada de las emociones, de la amistad exaltada hacia una moribunda! Debía considerarse dichoso si el castigo se limitaba á su actual dolor, y le venía á la memoria una frase de la Escritura que á menudo citaba la señora de Scilly; y la pronunció como si creyese absolutamente, mientras se encaminaba á la villa, sintiendo por vez primera la santa belleza y la tierna esperanza de perdón, encerradas en la frase del Redentor:

—«Tomá tu cruz y sígueme.»

Para que esta resolución, tomada al fin de aquel extraño paseo, de aceptar la prueba, de sufrir sin faltar á uno solo de sus deberes presentes, fuese duradera, necesario hubiera sido que se basase en una creencia más positiva y más ferviente. El sentiment-

lismo religioso abunda en sublimes delirios, pero sólo la fe nos mantiene firmes y rectos en los proyectos casi contrarios á la naturaleza como éste: saber que uno es padre de una niña que está á pocos pasos y obligarse hasta á no mirarla.

La voluntad contuvo, no obstante, á aquel hombre atormentado, más días de los que podía imaginar, conformándose con su desdichada suerte. Como había pensado en sus horas de torturante meditación, la menor dificultad debía perderle. Sí. Preciso era que tuviese el valor de no mirar siquiera á la niña si la encontraba. ¡Este valor monstruoso y triste! Pues una vez despertado en nosotros el instinto de la paternidad, no se aplaca más que como el hambre ó la sed; reclama su alimento; la presencia primero y la contemplación á falta de la caricia; el sonido de la voz á falta de las palabras de ternura. Francisco no había de hablar de su hija desde el momento que la sintió tal. No tenía el derecho de proporcionarse esta pobre alegría; este gusto del agua en su ardiente fiebre, si quería permanecer honrado ante su novia; y no se lo permitió durante algunos días que le parecieron muy largos.

Pasaron hasta veinte, como pasa el tiempo cuando tenemos con nosotros mismos hecho el pacto de uno de esos íntimos sacrificios que son una diaria amputación de un pedazo de nuestro corazón. Le parecía á Francisco que cada mañana era preciso cauterizar la herida de la víspera. He aquí cómo empleaba el tiempo de sus dolorosos días; levantábase, decidido á no apartarse una línea del camino que se había trazado. Hacia las nueve, pasaba, como de costumbre,

desde su llegada á Palermo, al salón donde su novia le esperaba. Por las ventanas se distinguía siempre el luminoso paisaje de un cielo turquesa y de una mar de color de zafiro. Los blancos palacios alternaban con los verdes jardines, y las dos radas, llenas de velas, se agitaban en la sombra de la roja montaña desnuda. Era la decoración que había servido de cuadro á su felicidad, y que seguía poniendo el mismo fondo á la encantadora cara de su virgen; al modo como en sus cuadros los antiguos maestros ponen tras la sonrisa y los ojos de la Virgen las lejanías de un mundo que ella ennoblece con su sola existencia. ¡Cuántas veces en las hermosas mañanas de su amor, había Francisco hecho esta comparación! Aún la hacía. Nada más que al volver á encontrar á la joven, comprendía cuánta verdad encierra el pleonasma popular; amar de todo corazón.

Él no amaba á Enriqueta de todo corazón, aunque sí con toda la pasión que el sufrimiento avivaba aún más; pero junto á este amor guardaba otro, una herida abierta, sangrienta, inflamada y oculta. Bastaba esto para hacer imposible el entusiasmo de otra época; imposible la deliciosa emoción que hace que la presencia adorada absorba todo nuestro poder de sentir. No; este poder de gozar de su dicha estaba, si no paralizado en él, algo disminuído, casi dolorido. Había comparado su esfuerzo para no ocuparse más de Adela á una mutilación, y estaba como un herido, que no puede hacer un movimiento sin sentir el dolor de la herida. Después de la entrevista de la mañana, y en aquel movimiento de su alma que le había llevado hacia Enriqueta, encontraba en seguida el do-

lor de su idea fija. A pesar suyo imaginaba el salón de encima y veía á la niña Adela almorzando sola con su vieja niñera, en tanto que la madre reposaba en ese sueño de cansancio que las enfermas como ella experimentan en la laxitud del día que comienza. El contraste entre las dos habitaciones del hotel, tan vecinas y tan distantes, le destrozaba el corazón.

Francisco quería arrojar aquella idea; á veces lo conseguía. ¡Pero con qué rapidez volvía ella! Un poco antes de las once y casi todos los días salían la Condesa, Enriqueta y él. Pasando bajo los muros del jardín del hotel, veía temblar el follaje del eucalipto cuyo color verde pálido se destacaba sobre las ramas de color de malva, y las panochas sombrías de las altas palmeras, removiéndose por encima del techo griego de la capilla inglesa. Pensaba que la niña estaba allí, sin duda; que jugaba en el paseo del jardín al pie de aquellos árboles y entonces caía en un silencio de melancólico sueño, hasta bajo las miradas acariciadoras de su amada. La idea fija se hacía aún más tenaz y más obsesionante en el segundo paseo de la tarde, pues se acrecentaba la aprensión de encontrarse súbitamente en presencia de la niña, aprensión que él había sentido desde la llegada de la señora Raffraye á Palermo. La angustia era más grande entonces que sabía lo que sabía. ¡Qué interminables le parecían los senderos del parque de la Favorita, por donde acostumbraban á pasearse Enriqueta y él mientras desde su carruaje la señora Scilly les seguía con indulgente sonrisa!

Aunque era el mes de Diciembre, los árboles mostraban sus ramas cubiertas de hojas; pero es sabido

que estas verduras imperecederas entristecen el paisaje con sus reflejos oscuros. En éste, y como para hacer mayor la melancolía haciendo sentir su vasto silencio sin pájaros, lejanos sonidos de cornetas se oían sin cesar. Venían de un campo de maniobras y repercutidos por los ecos de la roja montaña, prolongaban indefinidamente su queja monótona, cuya tristeza se unía en Francisco á la que le causaban ciertas frases de su conversación con Enriqueta. La joven en su tierna ingenuidad, hablaba largamente á su novio de sus sueños para el porvenir, de su instalación, de su común existencia. Todos los proyectos de aquella alma cándida y leal se basaban en la fundación de una familia. El mismo, cuando había acariciado la novela de su matrimonio, ¡cómo se había abandonado al deseo de renacer en niños que llevarían en su frágil sér algo del suyo y del de su querida mujer! ¿Por qué no podía evocar la quimera de su hogar, sin pensar en otro niño, que era el suyo, y que jamás alegraría con su gracia este hogar? Nunca le diría aquellas palabras que le habían perseguido durante la noche de su paseo por Montreal, aquel «hija mía» que pronunciaría dirigiéndose á otros que no tendrían para oírlas más derecho que la encantadora Adela. La certeza de su paternidad no debilitaba su voluntad de no cambiar la línea de conducta que se había trazado. Las alternativas de creencia y desconfianza que le habían consternado, durante nueve años, no eran ya posibles. Había visto y creía. ¿Por qué fatal ironía creía ahora que tan dulce le sería dudar y dudó, cuando tan dulce le hubiera sido creer? Estos pensamientos le torturaban; para triunfar de

esta tortura, miraba á Enriqueta, sin conseguir otra cosa que sentir la coexistencia de emociones completamente contrarias. Y estas emociones le perseguían ya en su casa durante las largas horas de la tertulia, ya se sentase en una silla baja á los pies de su novia, para leer en voz alta, ya que ella se pusiese á tocar al piano algunos fragmentos de obras de sus autores favoritos, ya hablasen lenta, tranquila é íntimamente... Siempre aparecía la idea fija. ¿Qué hacía Adela en aquel instante? Y Francisco la veía yendo al lado de la señora Raffraye antes de ir á dormir y mirando á la enferma con sus grandes ojos ignorantes, donde se leía la adivinación de una misteriosa amenaza. Para que hasta en sus juegos pensase la niña en los tos de su madre, preciso era que alguno de estos accesos de tos le resonaran en el corazón. ¿Presentía que en algún día cercano la faltaría el apoyo de su madre? Y su padre lo sabía. Su padre vivía. Su padre poseía la viril energía protectora de la que la niña tendría tal vez necesidad bien pronto y no podía hacer nada por ella. Debía, por el contrario, si deseaba estimarse á sí mismo, multiplicar los obstáculos que entre los dos existían. El honor pedía que se condujese cerca de su novia como si no sospechase la verdad del origen de Adela. ¡Dios mío! ¡El cruel fin de crueles amores!

¿Cuánto tiempo hubiese durado la energía desplegada por Francisco? Tal vez algunos meses, de no surgir un incidente para hacer zozobrar el edificio de su resolución. Seguía en su propósito con tan buena fe, que las dos veces que se había encontrado en la escalera con la señora Raffraye y su hija, tuvo ánimo

bastante para volver á otro lado la cabeza y no mirarlas. Mas, si luchaba con singular valor contra los hechos, no podía luchar del mismo modo contra los sentimientos; pues á pesar de su conducta, no procuraba, lo que hubiese sido más sincero, en arrancar de su corazón el amor que sentía crecer hacia su hija. ¿Podía hacerlo? Pertenecía á esa raza particular de apasionados que creen haber cumplido con su conciencia, cuando se han impuesto cierta regla de conducta, abandonándose interiormente á las más dañinas quimeras, y al más culpable frenesí, de sus emociones. Estos hombres son capaces de perseverar, durante años enteros, como había hecho Nayrac en la ruptura con una mujer que aman hasta la locura, y son incapaces de dominar por un instante los desórdenes mentales que este amor produce en ellos. Tienen la moralidad de la vida sin tener la del corazón; anomalía singular, que tarde ó temprano llega á la inmoralidad de la vida y del corazón; porque lo que importa es gobernar nuestros pensamientos antes que nada. Si Francisco hubiese procedido con Adela como en otra ocasión con su querida apelando á la fuga y á la ausencia, quizás pudiera abandonarse sin peligro al desorden de su corazón, seguro de que ninguna ocasión pudiera tentarle; pero esta ausencia era muy difícil, dadas las circunstancias en que se encontraba. No se le ocultaba que sería el mejor medio para el logro de sus planes; pero se decía que su partida para Francia estaba señalada para el 25 de Enero, y no tendría fuerza para soportar su disgusto hasta entonces, más, cuanto que el fin de Diciembre se aproximaba y ya el futuro Noel era anunciado en

toda la villa, con cartelones en los escaparates de las tiendas, y con esta inscripción:—*¡Viva Gesù bambino!* Las imágenes despertadas por esta fiesta de los niños eran para el joven una nueva razón de melancolía. ¿Podía dudar que la tal fiesta no pasaría sin que él faltase al compromiso consigo mismo, á causa sencillamente del anglomano que dirigía el hotel y del que tan á menudo se burlaba?

Pero éste iba á llegar á ser, por una de esas ironías en las que algunas veces parece complacerse el destino, la causa determinante de una recaída terrible del desgraciado en la mentira y la traición. El caballero Francisco Renda tenía, en efecto, la costumbre de celebrar todos los años el *Christmas*, para alegría de su clientela británica, haciendo colocar en el más vasto de sus salones un colosal árbol de Noel, iluminado desde sus ramas más bajas á las más altas. Una representación de carácter más ó menos local completaba la fiesta. Aquel año había contratado á unos cantantes napolitanos.

Cuando Enriqueta le mostró los tres billetes que el diplomático don Ciccio había llevado durante la ausencia del joven, contra la burla del cual su finura meridional le ponía en guardia, Francisco había dicho:

—Y bien; vamos todavía á oír *fuliculi, fuliculá*. ¿Será muy divertido!

—¿Quiere usted que bajemos?—había respondido Enriqueta con la sumisión de una mujer amante que quiere evitar el menor fastidio al sér que quiere.—¿Por qué insistió Francisco en que aceptasen los tres el ofrecimiento del fondista? Debía, sin embargo,

pensar que este árbol de Noel ¡X *mastree* según rezaba el cartel del vestíbulo! (1) estaba preparado sobre todo para los niños, y que la señora Raffraye llevaría á Adela. Lo pensó y se creyó bastante fuerte para no temerlo, y no privar á su novia de aquel placer que parecía dispuesta á sacrificar, pero que aceptó con tanto júbilo. Cuando él penetró aquella noche en el salón lleno de vestidos negros y de tocados cosmopolitas, y en el centro del que resplandecía el gigantesco árbol, entre una aureola de bujías rosas y verdes, de faroles de colores, se encontraba dispuesto á sufrir de nuevo. No preveía que el caballero Renda, en su deseo de poner juntos á los que eran compatriotas, había reservado para la señora Scilly las sillas contiguas á las que ocupaban... ¿quién? ¡Paulina y su hija!

Sí; allá abajo, en el ángulo de la derecha, al lado de las tres butacas vacías hacia las que don Ciccio, vestido como el más correcto de los socios del *Carlton*, con un ramo en el ojal, conducía á la Condesa y á Enriqueta, estaba sentada una niña, completamente hipnotizada por la vista del grandioso árbol, y al lado de esta niña una mujer, vestida con el traje de los días de fiesta, la vieja y fiel niñera que Francisco había visto haciendo media al pie del eucaliptus en aquella inolvidable mañana. Y la niña era Adela Raffraye... ¡Su hija! ¡Y ya Enriqueta se sentaba en el sillón junto al de ella!

La señora Scilly le hacía señal para que se sen-

(1) Contracción ó abreviatura de la palabra inglesa *Christmastree*, que significa árbol de Navidad.

tase junto á su novia, y ella lo hacía junto á él; y Paulina, sin duda retenida en su cuarto por una crisis, no estaba allí, para prestarle, gracias á la aversión que su presencia inspiraba á Francisco, la fuerza para luchar contra la peligrosa, la terrible tentación que aquella vecindad representaba.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO